

Musas entre naranjos

Tomás Sansón Corbo

*Universidad de la República.
Agencia Nacional de Investigación e
Innovación.*

La fecundidad de nuestros creadores es siempre excepcional. Que nuevas generaciones de artistas se imponen.

Que si hubo etapas milagrosas en el pasado, en la que triunfaron tantos, [...] asistimos permanentemente al milagro. Y en la poesía, en la plástica, en la música, y en el canto, nuestros artistas se destacan en el mundo más allá de los límites de nuestro departamento, de nuestro país y de nuestra América.

ETHEL DUTRA



203

Los literatos, artistas e intelectuales del departamento de Cerro Largo se formaron y desarrollaron en un entorno singular, caracterizado por su condición fronteriza en dos dimensiones: una objetiva, de naturaleza geográfica, que sitúa al departamento en el límite con Brasil; y otra subjetiva, definida por una mentalidad y una actitud ante la vida que normalizan fenómenos como el contrabando y configuran una sociabilidad de carácter independiente y rebelde, perceptible tanto en la vida cotidiana de sus habitantes como en la actuación de sus políticos, a nivel local y nacional.

Este artículo busca esbozar algunas claves interpretativas que, partiendo de esta impronta fronteriza, contribuyen a explicar por qué en un contexto alejado de Montevideo —con condiciones aparentemente poco propicias para el desarrollo cultural— surgieron numerosos hombres y mujeres que escribieron, esculpieron, pintaron o musicalizaron su tierra natal y alcanzaron reconocimiento tanto a nivel nacional como internacional.

El entorno

Dada la extensión y los objetivos de este trabajo, resulta inviable ofrecer un panorama exhaustivo sobre la evolución histórica de Cerro Largo. No obstante, considero indispensable delinear ciertos aspectos de sus orígenes que son fundamentales para comprender las particularidades de su vida cultural. Al centrarnos en estos elementos clave, el análisis busca resaltar los factores históricos más influyentes en el desarrollo del departamento, sin intentar abarcar la totalidad de su devenir histórico.

Los orígenes de Cerro Largo están estrechamente vinculados con la fundación de Melo, una ciudad que nació como guardia fronteriza en el límite entre el Imperio español y el Imperio portugués, lo cual le imprimió una marcada impronta militar. Con el tiempo, especialmente durante la época independiente, esta identidad fue adquiriendo una vertiente cultural.

Ante los interminables desacuerdos entre España y Portugal para restablecer la línea fronteriza entre sus dominios y la amenaza permanente de asentamientos portugueses en tierras que España consideraba suyas en el noreste de la Banda Oriental, el virrey Arredondo tomó la decisión de establecer guardias militares. Estas guardias debían contribuir, por un lado, a la defensa militar y territorial y, por otro, atraer pobladores que, con el tiempo, consolidarían nuevas poblaciones.

En 1791 se le encomendó a Manuel Cipriano de Melo, en su calidad de Teniente Comandante de Resguardos Fronterizos (Gil, 1982: 45) fundar una serie de guardias. Una de ellas se estableció en la falda del Cerro Largo, se denominó San Nicolás de Bari.

Tres años después, Agustín de la Rosa fue nombrado comandante del emplazamiento. Cuando arribó consideró que el lugar elegido no era adecuado debido a las características del terreno. Decidió trasladarlo a un sitio que, a su juicio, ofrecía mejores condiciones estratégicas de defensa y recursos para la supervivencia.

Una vez obtenida la autorización respectiva, en 1795 se estableció la denominada «Guardia Nueva de Cerro Largo» a orillas del arroyo Conventos, origen de lo que más tarde sería la ciudad de Melo. El acta fundacional de la población está fechada el 27 de junio de 1795, momento en el cual se procedió a delinejar la plaza principal y a demarcar los primeros solares en torno a ella. La nueva



localidad fue nombrada en honor al virrey que había autorizado su fundación, don Pedro de Melo de Portugal y Villena.

Entre las primeras medidas que adoptó el comandante De la Rosa estuvo el reparto de terrenos destinados a chacras y suertes de estancias, una acción fundamental para atraer a pobladores que se asentaran en el campo, contribuyendo así a la afirmación de la soberanía española en el territorio.

Como puesto de avanzada, la villa de Melo, en su carácter de población y guardia militar, fue testigo de varios enfrentamientos en la etapa final de la época colonial, concretamente durante las invasiones y ocupaciones portuguesas de 1801, 1811 y 1816.

El enclave quedó marcado por su geografía. El aislamiento, la extensa jurisdicción que debía atender en el ámbito administrativo y la proximidad de la frontera fueron factores objetivos que condicionaron la vida de la villa y su área de influencia. Germán Gil señala que su desarrollo en las primeras épocas fue arduo y lento. Sin embargo,

pasado el tiempo, esos mismos factores la hacen centro de influencia de una enorme zona predominantemente ganadera. Ello hará que la villa y su vecindario muestren hacia la época de su centenario una creciente tendencia hacia la autonomía política, económica y cultural que tendrá su punto más alto a principios de 1900. La dura semilla sembrada en la verde pradera por Azara y De la Rosa será regada durante muchos años por Agustín Muñoz y Dionisio Coronel, germinando finalmente, en los brazos bravíos de los Muniz y los Saravia y en la grandeza intelectual de Zavala Muniz, Monegal, Oribe y Juana de Ibarbourou (Gil, 1982: 56).



Melo, la capital departamental, experimentó un progreso lento pero sostenido durante la segunda mitad del siglo XIX, a pesar de la inestabilidad y la violencia política que predominaban en el país. La situación sociopolítica, económica y cultural mejoró considerablemente en las primeras décadas del siglo XX, lo que creó condiciones favorables para el desarrollo de diversas expresiones culturales.

Como espacio de transición y tensión entre un Brasil cercano —refugio para revolucionarios derrotados y proveedor de insumos accesibles para la vida cotidiana— y un Montevideo distante y, a menudo, ajeno a su *hinterland*, Cerro Largo desarrolló un carácter

distintivo. A lo largo de su historia, sus habitantes han reivindicado sus derechos y afirmado su presencia en el contexto nacional.

Tierra de frontera y vanguardia de la civilización hispánica, la cultura local se convirtió en un instrumento de resistencia, manifestándose en la defensa del idioma. Una de las expresiones más notorias de esta defensa fue la exaltación de la lengua española en la producción literaria.

Apuntes para un (incompleto) inventario

Los escritores y artistas de Cerro Largo se forjaron a partir de su contexto general y de sus vivencias particulares. Hijos de un departamento tumultuoso, donde el suelo feraz fue regado con sangre durante los tiempos indómitos de la guerra civil, estos artistas encontraron, a partir de finales del siglo XIX, un terreno propicio para plasmar sus sentimientos y sus impresiones.



¿Quiénes fueron y qué escribieron? Responder cabalmente a esta pregunta sobre los literatos de Cerro Largo excede los límites de estas breves páginas. Nos contentaremos, pues, con esbozar una suerte de guirnalda literaria en la que glosaremos algunos de los nombres más representativos —lo que podríamos denominar las estrellas rutilantes del firmamento arachán, aquellos que fundaron un estilo y una estirpe poética— y los de quienes les sucedieron, custodios de ese legado y creadores originales a su vez.

Los forjadores

Existe una suerte de «santoral literario» integrado por personalidades nacidas en las postrimerías del siglo XIX que contribuyó a ubicar a Cerro Largo en el Parnaso nacional y a darle visibilidad internacional. Me refiero a Casiano Monegal (1888-1944), José Monegal (1892-1968), Juana de Ibarbourou (1892-1979), Emilio Oribe (1893-1975) y Justino Zavala Muniz (1898-1968).

Casiano Monegal es, por antonomasia, el «Cacho de Melo». Polígrafo vivaz y bohemio, su obra incluye varios libros, como *Musas hermanas de 1905*, escrito en colaboración con Federico Acosta y Lara, además de una producción dispersa en revistas y periódicos del interior. Monegal fue un destacado integrante de un clan generoso

con las letras, que incluía a su padre Cándido —uno de los fundadores de *El Deber Cívico*—, su hermano José y su sobrino Emir Rodríguez Monegal (1921-1985).

Entre los artistas integrales de la primera época se destaca José Monegal, quien se desempeñó como músico, pintor, poeta, biógrafo, dramaturgo y periodista. Además, fue un intelectual comprometido con la historia y realizó importantes aportes sobre el Partido Nacional y publicó una biografía de Aparicio Saravia.

Emilio Oribe, el médico-poeta, se destacó por su producción filosófica y literaria, siendo un ensayista de gran prestigio que desarrolló una exitosa carrera académica, llegando a ser decano de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad de la República.

Justino Zavala Muniz es otro de los intelectuales de Cerro Largo que forjaron su renombre en la capital. Sus obras reflejan una interesante mezcla entre el ADN arachán y la brisa cosmopolita de Montevideo.

La elegida y ungida por Calíope en estos tiempos augurales fue Juana de Ibarbourou, un cometa rutilante que iluminó los cielos uruguayos y americanos con la luz de sus versos. La amplia difusión de su obra y la diversidad de comentarios que ha generado son suficientes para atestiguar su significativa presencia en el parnaso poético de Cerro Largo.



Legado de los pioneros y originalidad de las nuevas generaciones

Las glorias del panteón literario arachán dejaron un legado inmenso. El testigo fue tomado y reconfigurado por las nuevas generaciones de creadores nacidos en la primera mitad del siglo xx. Personalidades como Pedro Martins Marins (1903 - 1976), Angélica Ferrari de Plaza (1927 - 2009), Gervasio Piro (1910 - ?) y Angelina Silveira Aguiar (1900 - 1986) brillaron con luz propia en el firmamento poético local.

La poesía de cuño nativista tiene en Pedro Martins Marins a uno de sus más ilustres representantes. Nacido en la región de Zapallar, en el interior de Cerro Largo, absorbió los encantos de su tierra

y los conjugó con las tradiciones históricas en obras como *Sinfonía nativa* y *Los espinillos en flor*.

Angélica Ferrari de Plaza, aunque originaria de Montevideo, se radicó en Melo para ejercer el magisterio y desarrolló una notable actividad creativa como poeta, contribuyendo al panorama literario del departamento.

Asimismo, Gervasio Piro se ha destacado como un intelectual longevo, cuya actividad periodística comenzó en su juventud, colaborando con diversos medios en Melo y Montevideo. Sin embargo, su papel como intelectual se ha manifestado también en la literatura.

Por su parte, Angelina Silveira Aguiar se destacó como agente cultural, colaborando con la Biblioteca Municipal e integrando la Comisión de Cultura del departamento. También llegó a dirigir la Casa de la Cultura de Melo y publicó obras como *Cactus de oro* en 1932 y *Lámparas y candiles* en 1944, manteniendo una amistad personal y un cariño especial por Juana de Ibarbourou.

Otros creadores, como José Lucas y Lucas (1913-1960) y Rubinstein Moreira (1942-1995), fueron polígrafos, incursionaron en el ensayo y en la historia.

José Lucas y Lucas¹ nació en Tupambaé, en el interior del departamento de Cerro Largo, como el mayor de cuatro hermanos. Su entorno rural influyó en su cosmovisión y en sus posteriores creaciones literarias, especialmente a través de los relatos de peones que narraban historias de carácter sobrenatural, típicas del interior profundo. Recibió su primera instrucción en su pago natal, con un preceptor particular, y completó su educación en Melo, donde continuó su formación inicial antes de trasladarse a Montevideo para finalizar sus estudios. Durante su tiempo en la capital, realizó algunos cursos en la Facultad de Derecho y se vinculó con la intelectualidad local; sin embargo, tras un tiempo, decidió regresar a Melo, desde donde viajaba frecuentemente a su «pago chico». Sus intereses intelectuales abarcaban no solo la literatura, sino también la historia y la arqueología, siendo estas últimas especialmente significativas en su vida.

Se destacó como un poeta de la soledad y la introspección, como evidenció en su primer libro, *Río de las cañas sonoras* (1940),



1 Para la reconstrucción de su vida y obra cf.: Dutra, 1991: 25-30.

que fue galardonado con un premio del Ministerio de Instrucción Pública. Sus versos, impregnados de una pátina de mística cristiana, reflejan una existencia íntimamente relacionada con el río Tacuarí, que marcó su vida y obra.

Su interés por la historia lo llevó a explorar el pasado a través de la crónica evocativa. En textos como «Daguerrotipos» (1996), reconstruye el Melo de fines del siglo XIX, con un marcado interés por los espacios culturales que se formaron en torno a las tertulias organizadas por el presbítero José Montes y la redacción del diario *El Deber Cívico*. A través de su pluma galana, sustentada en testimonios orales y documentos diversos, revive personalidades y acontecimientos, ofreciendo una interpretación curiosa y significativa sobre el entorno que propició la formación de la primera generación de intelectuales y artistas de Cerro Largo.

Rubinstein Moreira fue otro de los autores universales de Cerro Largo. Como docente, poeta y ensayista, obtuvo becas y reconocimientos internacionales, entre ellos el Premio Internacional José Vasconcelos, en 1994 en México. Conjugó su vida de trotamundos con un retorno recurrente a su solar nativo, abordando en sus escritos tanto temas universales como referencias a la cultura y a los aedos de su terruño. Una de las expresiones más contundentes de esta pendularidad se encuentra en su ensayo «El sentido de “cerrolarguidad” en Juana de Ibarbourou» (1988), en el que glosa el eterno retorno lírico de la poeta a su tierra de naranjos, proyectando también sus vivencias en torno a esa tensión que él mismo experimentaba.

Pero no fue solo en la producción literaria donde se destacaron los hijos de Cerro Largo; también alcanzaron notoriedad en campos como el periodismo, la historia, la crítica literaria y las artes plásticas. Diversos cerrolarguenses se dedicaron al periodismo como actividad complementaria o paralela a otras, generalmente en el ámbito de la política como Cándido Monegal y Saviniano Pérez.

Entre los medios de prensa más relevantes del departamento figura *El Deber Cívico*, periódico fundado en 1887 por un grupo de personalidades, entre las que se destacaron Cándido Monegal, Leoncio Olmos, Manuel Coronel, José Máximo González, Gervasio Muñoz y Blas Martínez. Publicado durante casi un siglo, estuvo íntimamente vinculado a la familia Monegal. Por sus páginas pasaron prácticamente todos los escritores melenses, lo que permite afirmar

que sus ediciones constituyen un compendio de la literatura de Cerro Largo. Otro periódico emblemático fue *El Terruño*, fundado en 1937, que contó con la colaboración de Pedro Martins Marins como uno de sus más destacados colaboradores.

Saviniano *Nano* Pérez, político del Partido Nacional, ocupó altos cargos a nivel departamental y es reconocido no solo por su labor política, sino también como artista plástico y periodista. Fundador y director del periódico *El Censor*, entre 1927 y 1934, se destacó por un estilo que combinaba lo combativo con lo irónico en su producción periodística.

Emir Rodríguez Monegal, oriundo de Melo, alcanzó celebridad como crítico literario y docente. Estudió en Cambridge y se destacó como investigador y articulista, escribiendo en el prestigioso semanario *Marcha*. Por su prolífica actividad intelectual tanto dentro como fuera de fronteras, puede considerarse uno de los intelectuales más sobresalientes de las letras uruguayas en el siglo xx.



José Apolinario Pérez fue uno de los primeros y más relevantes hijos de Clío en tierra arachana. Realizó sus estudios universitarios en Montevideo, donde se doctoró en Derecho en 1932. Al regresar a Melo en 1933, tuvo una labor destacada como profesor e investigador en historia, así como docente y verdadero agente cultural, organizando eventos y dictando conferencias. Quienes han estudiado su obra afirman que generó un valioso archivo personal, a partir del cual planeaba escribir un libro sobre la historia de Cerro Largo. Lamentablemente, ese proyecto nunca se concretó.

En el ámbito de las artes plásticas, varios artistas lograron sobresalir en su producción creativa mientras desempeñaban tareas docentes en los liceos locales (Collazo, 1995: 17-22). Un ejemplo destacado es Andrés Etchebarne Bidart, quien, tras una extensa formación en Europa, regresó a Uruguay y se estableció en Melo, casándose con una arachana. Desde 1917, impartió clases de Dibujo en Educación Secundaria, transmitiendo sus conocimientos a futuras generaciones.

Otro artista notable es —como ya indicamos— José Monegal, quien, becado en España para estudiar guitarra, tuvo la oportunidad de conocer al pintor Rafael Barradas. Inspirado por esta relación, Monegal experimentó con la pintura y creó varias obras, incluyendo

murales de gran tamaño que representaban figuras como Aparicio Saravia y escenas tradicionales del campo uruguayo.

Carlos González, alumno de Etchebarne Bidart en el liceo, también se destacó en el grabado, alcanzando notoriedad a nivel nacional por sus representaciones de temas nativistas. Por su parte, Salvador Puig enseñó Historia del Arte en centros educativos de la región entre las décadas de 1930 y 1960, dejando un legado significativo en la formación artística de sus alumnos.

A partir de la década del cuarenta, la actividad pictórica local se intensificó gracias a la influencia de discípulos de Joaquín Torres García, entre los que se distinguieron Américo Spósito, Carlos Llanos, Kleber López Novo y Freddy Sorribas. Hacia finales del siglo XX, emergió una nueva generación de pintores locales, algunos de los cuales, como Pablo Viroga, lograron reconocimiento internacional.

En el ámbito musical, es destacable la labor de Hugo López Chirico, quien, formado en Melo, desarrolló una importante carrera como investigador y docente, así como director de la Orquesta Sinfónica Municipal de Montevideo y de la Filarmónica de Mérida (Venezuela). Su trayectoria contribuyó significativamente al desarrollo de la música en la región.

Por otro lado, Emir Pica tuvo un impacto trascendente en la actividad coral, especialmente a través de sus recordadas veladas estudiantiles. Mediante estas actividades musicales, fomentó las vocaciones artísticas en muchos jóvenes, abriendo caminos en las disciplinas teatrales, musicales y coreográficas.

El advenimiento de la crisis estructural que afectó al país a mediados de la década de 1950 tuvo sus efectos negativos en la cultura de Cerro Largo. El influjo creador pareció ralentizarse. Es interesante considerar el diagnóstico de situación realizado en 1970 por Nilza Perdomo y Delia Silvera:

Si nos remitiéramos al pasado, nos encontraríamos con momentos que constituyeron motivo de orgullo local y que hoy, por contraste, resultan una molesta referencia en relación con el modesto presente en que nuestra comunidad ha perdido el empuje y la avidez de antaño, sumida en un letargo demasiado duradero.

En la hora presente, el paisaje cultural de Cerro Largo se ve desvaído, envuelto en un sopor apenas sacudido por esporádi-

cas manifestaciones y al que intentan eliminar algunos esfuerzos permanentes de instituciones, o más bien de personas, que se resisten a quedar ocultas bajo la pátina de la indiferencia y del olvido (Perdomo-Silveira, 1970: 56).

No estamos en condiciones de evaluar el alcance de estas opiniones —ni es este el lugar destinado para hacerlo—, pero son indicativas de lo que definimos como una ralentización del flujo creativo, observable en la cantidad de publicaciones y autores, así como en el alcance de sus producciones.

La llegada de la dictadura militar, junto con la consiguiente acción controladora de los gendarmes del pensamiento y la autocensura de los intelectuales locales, no favoreció un cambio en la tendencia mencionada. Será necesario esperar a la reinstitucionalización democrática para observar un cambio significativo en la cultura local, gracias a la acción de agentes culturales como la profesora Ethel Dutra y de instituciones emblemáticas como la Asociación de Escritores de Cerro Largo.

La Asociación de Escritores de Cerro Largo

La Asociación de Escritores de Cerro Largo es una institución de carácter cultural que nuclea a creadores de diversos géneros. Es heredera de la rica tradición literaria departamental. Su fundación data de octubre de 1988, pero nació, según Ethel Dutra (su alma mater) «como una consecuencia de la aparición del *Semanario Cerro Largo* y su página literaria, en 1985, de la misma manera que hace 108 años surgiera una generación memorable en torno a *El Deber Cívico*» (Dutra, 1995: 14).

A lo largo de casi 40 años, esta Asociación ha desarrollado una notable actividad cultural, reuniendo a creadores de distintas generaciones, géneros e influencias. Uno de los ejes vertebradores de su labor ha sido el Taller de Literatura, creado en 1988 y que desde 1990 lleva el nombre de «José Lucas y Lucas». Es un espacio de formación que ha despertado el interés por la creación en un público con vocación literaria, brindándole la oportunidad de encauzar su talento.

El taller comenzó a funcionar poco después de la creación de la institución. Inicialmente, contaba con clases de expresión a cargo

de Melva Mitegui y de literatura y creación, dirigidas por Ethel Dutra. En esos primeros tiempos, el taller profundizó en la poesía y narrativa latinoamericanas, especialmente en autores como Alejo Carpentier, Jorge Luis Borges y Gabriel García Márquez. La idea era que, a partir de estas instancias formativas, los asistentes pudieran explorar su interior y canalizar sus experiencias en forma de poesía o narrativa. Las producciones se discutían en clases de creación y luego se publicaban, primero en el semanario *Cerro Largo* y más adelante en la revista *Génesis*.

Gracias a este taller, decenas de personas pudieron divulgar su poesía, incluyendo a Laura Martínez Coronel, Nelly Acosta, Brenda Brum Ferrari, Máximo Figueiredo, Hair Fonseca y Gervasio Piro. También tuvieron la oportunidad de compartir su narrativa Artigas Rodríguez, Oddy Bejérez, Teresa María Urbina, Ana Andrea Caballero, Juana Jackson y Pablo Pintos. Estas obras fueron publicadas en las páginas de *Génesis*, la revista emblemática de la Asociación y su vocera durante varios años.

Además de fomentar la publicación de libros poéticos o de ficción, la corporación ha sido generosa al otorgar su sello editorial o difundir la labor de intelectuales de otras disciplinas, como los historiadores locales Humberto Gannello, Wilson Benítez Burgos y Germán Gil.

La Asociación se transformó en un agente cultural de primer orden que ha propiciado todo tipo de actividades a nivel departamental, nacional e internacional. Hubo períodos en que sus actividades se difundían en la radio y en la televisión local.

Una de sus mayores contribuciones ha sido «el fortalecimiento de la cultura regional en el ámbito de todas las artes, que reúne en una “Semana de la Cultura” a [...] artistas locales, y no locales, autoridades nacionales y escritores extranjeros» (Dutra, 1995: 16).

Esta benemérita institución puede considerarse como la expresión más reciente de la rica tradición literaria del departamento. Podría decirse que su labor cultural tuvo un carácter integral en cuanto que contribuyó a la formación, creó espacios de sociabilidad intelectual y propició la divulgación de las producciones de sus socios.

A modo de cierre

No cabe duda de que las musas fueron generosas con Cerro Largo. Euterpe, Clío y, especialmente, Calíope, inspiraron, entre los «naranjales tan prietos» —Juana *dixit*— que rodeaban aquel «pueblo distante y tranquilo», a un número significativo de aedos que apenas hemos glosado en este texto.

Estos artistas e intelectuales crecieron, como Juana, «respirando ese aroma» de índole místico que emana de las naranjas. Y llevaron a Uruguay y al mundo, entre cantos y rimas, la esencia poética de una tierra bravía y rebelde, que reemplazó el sable por la pluma, la lanza por los pentagramas y la sangre por la tinta.

Referencias bibliográficas



- COLLAZO, V. (1995). Panorama de las artes plásticas en Cerro Largo, en Lelia Viñas (ed.). *El libro del bicentenario. Melo: 1795-1995* (pp. 17-22). Ministerio de Turismo; Intendencia Municipal de Cerro Largo.
- DUTRA, E. (1995). Una Asociación de Escritores, en Lelia Viñas (ed.). *El libro del bicentenario. Melo: 1795-1995* (pp. 14-16). Ministerio de Turismo; Intendencia Municipal de Cerro Largo.
- GIL VILLAMIL, G. (1982). *Ensayo para una historia de Cerro Largo hasta 1930*. Imprenta del Palacio Legislativo.
- PERDOMO, N.; Silveira, D. (1970). El panorama cultural, en Viñoles Huart, R.; Navarrete de Lucas, M. S. (coords.). *Los departamentos. Cerro Largo* (pp. 56-59). Nuestra Tierra.